

AZULES SALVAJES

Beth Kephart

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

 Siruela

Las Tres Edades

*En memoria de mi tío Danny,
que se marchó demasiado pronto.
Te echo de menos todos los días.*

Si una niña muestra agallas, saldrá victoriosa de cualquier situación por desesperada que esta sea.*

*El arte de Keppy,
un raro hallazgo del tío Davy*

*Adaptado por Lizzie, siguiendo el consejo del señor Genzler

Capítulo 1

Ni los genes, ni tampoco las proteínas hacen a una persona.

Nadie es solo ADN.

Yo, por ejemplo, soy Lizzie, la auténtica Lizzie, y mi tío era mi tío, y no los cotilleos de la gente, y mi madre era mi madre, y no su cáncer. Todos éramos todo lo que éramos, y voy a contaros mi historia del tirón; después, quizá tú cuentes la tuya. Verás lo mucho que duele contar quién eres en realidad, además de la verdad de todo lo que sucedió.

Esto es una declaración de impacto de una víctima. Te la cuento aquí y ahora, en esta cama, en esta habitación, en esta casa, a ti, porque, como ves, no me puedo mover.

Algo que quiero que conste desde el principio: Matías forma parte de esta historia, y él no era su enfermedad. Sí, tenía un problema de la glándula pituitaria. Sí, esta ya no producía hormonas. Sí, la única esperanza de que Matías creciera era ajustarse a un plan: una inyección diaria de líquido de crecimiento. Sí, así era. Lo venía haciendo desde que era pequeño. Se la ponía él solo desde que tenía ocho años. Todos los días se levantaba y se clavaba una aguja, pero aún era muy bajito y se le acababa el tiempo. Matías esperaba que un día los zapatos se le quedaran pequeños o que los pantalones se le quedaran cortos, pero eso nunca

sucedía. Esperaba llegar a tener un cuerpo que pudiera correr tan rápido como los demás cuerpos.

No tenía un cuerpo que corriera así.

Ese cuerpo o esa glándula no es lo que Matías era.

Pero forma parte de esta historia.

Tú sabes una parte. Tú estabas allí. Tú jugaste un papel en ella. Tú sabías de primera mano que se iba a producir una fuga en la prisión del final de la carretera: dos hombres que asomaron de una alcantarilla con el pelo repeinado hacia atrás y saludando con la mano; dos hombres que se creían actores de Hollywood, que estaban a punto de hacerse famosos, que habían esperado a que pasara el invierno, la primavera y el verano, y ahora se habían puesto en marcha, y tampoco ellos eran solo su ADN, sus genes.

Esos dos hombres tomaron una decisión.

Tenían un cómplice.

La gente me pregunta: ¿pasaste miedo?

No.

Entonces no.

Poco después, sí.

Capítulo 2

Comencemos por lo claro y cristalino. Comencemos por toda la verdad: mi tío era un ser hermoso y salvaje en movimiento, y solo lo sabía yo. No se podía construir una cerca a su alrededor. No se podía encapsular dentro de un marco. Estaba aquí y allá, dentro y fuera, una ráfaga gloriosa y fluorescente.

Me quería muchísimo. Me lo decía. Yo era su pariente favorita. Por eso, cuando mamá me dijo, un mes antes: «Elige tu aventura de verano» —elige—, elegí a mi tío y a su antigua cabaña restaurada, su parcela de terreno elástico y su risa, que me daba risa, que hacía que los dos nos riéramos más fuerte. Siempre que tenía que elegir, elegía a mi tío. Elegía cuatro horas de autopista hacia el norte, un bache hacia el este, un desvío por una carretera que rápidamente se estrechaba. Elegía donde las colinas se convierten en montañas y los árboles son tan verdes que su sombra es negra, y la gravilla suelta araña los bajos del coche. Y hay riachuelos, y no solo riachuelos, sino también unas pozas llamadas «marmitas de gigante».

Elegí a mi tío, lo que significa que también elegí a mi amigo Matías. Los tres somos indivisibles, al menos, eso creía entonces.

Las manos de mamá al volante estaban tensas. Llevaba el largo y moreno pelo de raíces blancas y brillantes re-

cogido de cualquier manera, como si hubiera pasado un tornado.

—¿Estás lista? —me preguntó.

Tenía una maleta para mí sola en la parte de atrás y la mochila a los pies. Llevaba sandalias de montaña y pantalones caquis hasta la rodilla. La visera de la gorra de mi equipo de béisbol, los Phillies, apuntaba hacia atrás. Llevaba mis contactos de emergencia apuntados en las palmas de las manos y la tinta ya empezaba a sudar.

—Lista para todo —dije yo.